

Catorce voces
sobre los **70** años de
**Adolfo
Castañón**



BONILLA
ARTIGAS
EDITORES

ASTERISCO  9



El pagano de los byzantinos
 Caceres del Reino
 Curiosa fue al prin de la pol
 La Com de Espas
 Libro que fue escrito en 1932
 Balon Aba
 Sello de Tugate
 Tumbado de Cullen
 del Norte
 Libro y Sello (1940) y de
 Polon C...

al pie del
 mujer fuerte
 Frats de la Cruz
 Compin
 y Sappa
 Tendi den por la fe

boche
 invernal
 16
 17
 12
 12



Catorce voces
sobre los 70 años de
Adolfo Castañón

**Catorce voces
sobre los 70 años de
Adolfo
Castañón**

José Alfredo Cabrera
Editor



**BONILLA
ARTIGAS**
EDITORES



Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de los legítimos titulares de los derechos.

Catorce voces sobre los 70 años de Adolfo Castañón

ASTERISCO 

Primera edición: 8 de agosto 2022

D. R. © A cada autor por su texto

D.R. © 2022

Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.,

Hermenegildo Galeana 111

Barrio del Niño Jesús, Tlalpan, 14080

Ciudad de México

Teléfono: 55 5544 7340

editorial@bonillaartigaseditores.com.mx

www.bonillaartigaseditores.com

ISBN: 978-607-8838-28-8 (Bonilla Artigas Editores)

Coordinación editorial: Bonilla Artigas Editores

Cuidado de la edición: José Alfredo Cabrera Morales

Diseño editorial y de portada: Jocelyn G. Medina

Impreso y hecho en México

Contenido

Presentación	
JOSÉ ALFREDO CABRERA	9
Adolfo Castañón: el niño de las estampitas	
MALVA FLORES	12
Setenta años de un ateneísta contemporáneo	
ALEJANDRO ARRAS	20
Castañón: el país de la invención y la lectura	
LAURA SOFÍA RIVERO	32
“Los libros nacen de la conversación”: la huella indeleble de Adolfo Castañón en <i>El mundo de tinta</i>	
MIRNA DEL CARMEN MARTÍNEZ	40
Adolfo Castañón: feliz estación florida	
CÉSAR ARÍSTIDES	48
8 x 8.75	
ANA LORENIA GARCÍA	54
La Boétie y Montaigne, Octavio Paz y Saint-John Perse: dos documentos inéditos sobre la amistad	
DAVID NORIA	66

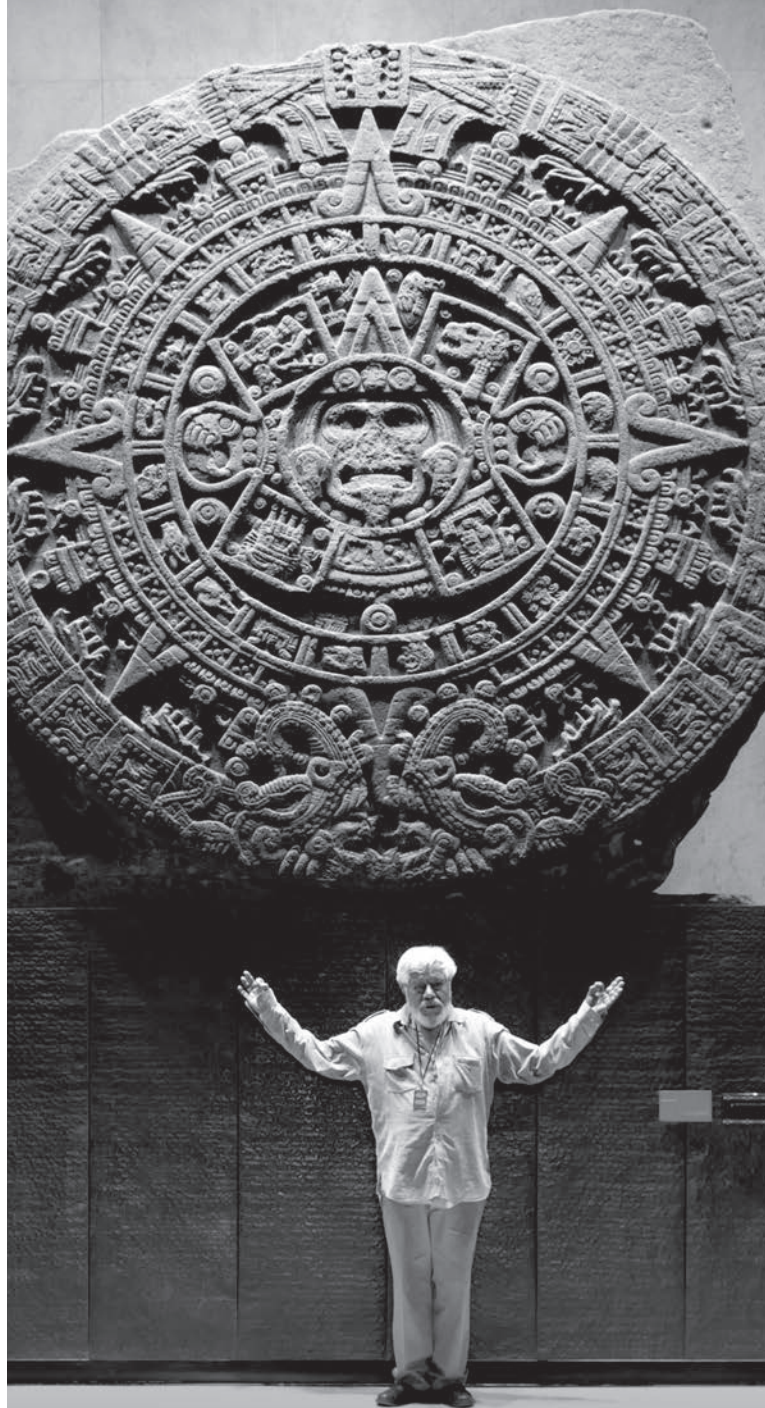
Tejedor de palabras CRISTINA VILLA	76
Castañón, el paseante [<i>flâneur</i>] mexicano SEBASTIÁN PINEDA	84
Adolfo Castañón JOSÉ JAVIER VILLAREAL	98
Las comas del tiempo: un paseo por la poesía de Adolfo Castañón FABIÁN ESPEJEL	102
El bosque, la luz, el agua y el fuego: una cartografía del cambio en <i>A veces prosa</i> IMELDA SEVILLA	112
Adolfo Castañón, investigador de Alfonso Reyes GERARDO MALDONADO	122
Un jardín llamado Adolfo Castañón JOSÉ MANUEL CUÉLLAR	136
Iconografía Adolfina [incompleta]	146



Presentación

Un libro sobre los setenta años de Adolfo Castañón permite entablar una nueva conversación tanto de su vida como de su obra. Es pertinente homenajear y revisar su papel no sólo como el traductor, poeta, editor y ensayista que apreciamos, sino también como artesano que merodea la letra, lo cotidiano, la materialidad de la palabra.

Catorce voces sobre los 70 años de Adolfo Castañón transita por distintos paseos en los que el maestro ha acompañado a los autores de este homenaje. Cada texto aquí publicado es un camino escrito a partir de la amistad y se ilustran de la estampa que guarda la memoria con admiración. De esta experiencia se editan ensayos que demuestran el trabajo artesanal de la lengua –espacio fino de conversación para compartir



anécdotas–, al tiempo que paseamos como lectores de historias sobre literatura, libros y edición.

Más que colaboradores, los autores del libro se comprenden como invitados a una tertulia. Cada uno crea convivencia, concibe ritmo y transcribe el hilo conductor hacia Adolfo. Ensayan con apasionada estilística la vocación polígrafa del maestro, celebran a su alrededor con atención bibliófila e indagan en la curiosidad del otro [Castañón], dimensión íntima, intensa en el sentido literario.

Acerca del maestro afirman segmentos de notable vivacidad: en rededor del amigo escriben Malva Flores, Ana Lorenia García, José Javier Villarreal y David Noria. Continúan la intervención Alejandro Arras, Cesar Arístides y Sebastián Pineda, quienes atinan una oportuna evocación a Castañón intelectual. De su obra conversan Mirna del Carmen Martínez, Laura Sofía Rivera y Cristina Villa; Fabián Espejel no olvida a Adolfo poeta. Culminan la narrativa con especial esmero académico Imelda Sevilla, Gerardo Maldonado y José Manuel Cuellar.

10

El agregado iconográfico del libro favorece esta velada. Cada fotografía es un fragmento de crónicas ligadas al retrato, y los fotógrafos son conversadores que dan notables testimonios. Agradecemos con especial atención a Javier Narváez, quien puntualmente ha seguido a Castañón en su andar.

El cuerpo-escritura de Adolfo se lee, sin duda, en esta obra. No escapa detalle, por más mínimo, de su pensamiento acentuado por amor, pulso que es vida, que es poesía. Esta correlación incita a la reconsideración estética de los años vividos, el pasado presente y el futuro que lleva a otro libro. El libro es memoria de la humanidad, es tesoro material en medio de la muerte que ha trastocado la memoria del periodo inmediato. Y sin embargo Castañón sobrevive. Transcurren sus días en bibliotecas y librerías, siempre comprometido con la lengua, donde dice, donde se guarda memoria.

Adolfo Castañón permanece en los paralelismos: entre el editor y el traductor; entre el poeta y el ensayista; entre Carlos Monsivais y Octavio Paz, Michel de Montaigne y Emilio Uranga, George Steiner y Alfonso Reyes; cada

polaridad define su personalidad, *Recuerdos de Coyoacán* y *Local del mundo*, *La cultura en México* y *Plural*, el *Viaje a México* y la *Visión de México*, *Por el país de Montaigne* y *Después de Babel*. A partir de la literatura se explica su vocación, es creador de epístolas y catalogador de archivos sólo por deseo de estimular conversación. Las relaciones adolfinas son conversación y son paseo.

La causalidad de la relación Adolfo Castañón y Bonilla Artigas Editores deviene en la casualidad. Con *Viaje a México* (2008) –acompañados por Iberoamericana–, emprenden su historia, allí se identifican cómplices en la edición y su camarería es enaltecida por el premio Xavier Villaurrutia. Esta complicidad ha sido valiosa, afable y cuidadosa. A veces en aforismo, a veces en prosa, otras en verso, y muchas más desde la crítica literaria, Castañón propone libros, se los apropia, hace trato con los mismos y publica meticuloso “Las semanas del jardín”, su colección, su concilio de creador y editor. Reúne nombres, una vez más a Reyes y Uranga, junto con Pedro Henríquez Ureña, Angelina Muñoz, José Gaos, Rodolfo Usigli, Fernando Fernández, y otros más. Aquí se permite con ingenio autorreferencial *Grano de sal*, y entabla sobremesa pero, antes, cocina en las galeras, es “cocinero práctico” y la cocina es gusto. Un editor de gusto.

Temprano, mas no tarde, para nuestro Adolfo esta es –y será– la edad de los reconocimientos. Está condenado. No podrá negar sus méritos, mucho menos salvarse de los premios. No es castigo, es legado, dimensión filosófica de la palabra. Escapar no es opción. Como maestro está condenado al legado. Imaginar un mundo sin él se vislumbra aburrido, pero, para eso sí, ya es tarde, pues es custodio de nuestros estantes. Agradecidos estamos contigo, Adolfo.

Sirva, pues, este libro como referencia, como soporte de investigación que sea herramienta limpia. Como lectura imprescindible para descifrar la voz y presencia de don Adolfo. Catorce veces felicidades, Adolfo Castañón.

José Alfredo Cabrera
Editor

Presentando cinco títulos recién publicados, Circa, 2010.



Adolfo Castañón: el niño de las estampitas

MALVA FLORES

Conocí físicamente al hombre que, sin metáfora, va saliendo de un librero, una tarde luminosa de la primavera de 1999. La fotografía que muestra el singular momento fue tomada en su casa: es decir en una biblioteca; la que sea, pues no importa el domicilio real para efectos de este breve escrito porque cualquier sitio donde Adolfo esté es una biblioteca. Sé bien que él me reconvenirá por no ofrecer la información exacta, pero sólo puedo escribir los datos que me fueron proporcionados por Wikipedia, donde se advierte que el fotógrafo fue Alejandro Arras y que la imagen fue tomada en 2020.

Soy yo quien va a reconvenirlo ahora, porque en la imagen no luce cubrebocas y pasé los dos años pandémicos rogándole que se cuidara, que no saliera de su casa a los múltiples destinos que diariamente recorre en la Ciudad de México haciendo uso del Transporte Colectivo Metro: medio de transporte al que me obligó a subir después de caminar horas –a altas horas y en tacones–, por el Zócalo al término de una ceremonia que nunca más ocurrirá: aquella noche de 2010 salimos de El Colegio Nacional, donde se había entregado el “Premio Octavio Paz” a dos poetas, a dos maestros: Ida Vitale y Ramón Xirau. Gracias a la propuesta de Adolfo –como tantas otras cosas buenas que me han ocurrido en la vida– yo había sido jurado, junto con él, Enrico Mario Santí y Sergio Mondragón, de ese que sería uno de los últimos premios “Octavio Paz”.

A diferencia de aquel hombre que en 1968 no sabía si era feliz –según consta en el libro de Adolfo, *Recuerdos de Coyoacán*–, treinta años después de su poema

y once años antes de nuestro tránsito por el Zócalo, en la primavera de 1999 yo lo era, inmensa e ingenuamente feliz, sobre todo aquel día cuando –de un modo poco ortodoxo– iba a ser presentada en sociedad, aunque yo no lo sabía. Me emperifollé como nunca y del brazo de mi marido, David Medina Portillo, me dirigí hasta las instalaciones del edificio donde David trabajaba, por los rumbos del Ajusco.

Hoy es cuando pienso que aquel día fui presentada en sociedad, aunque la sociedad estaba formada por un solo individuo que, a las puertas de un auditorio que se encontraba en el piso inferior del Fondo de Cultura Económica, repartía ejemplares de *La Gaceta*, revista de la que David era el director (o secretario o redactor, porque en la historia de esa publicación –que comenzó en septiembre de 1954– dicho encargo nunca fue bien definido). Hoy, en 2022, esa antigua y hermosa revista ya no existe, pues vivimos en tiempos de austeridad. Sobre el auditorio tampoco sé si, como todo ya, es parte de la ruina, pero aquel día estaba lleno.

No recuerdo si el acto se trataba de una lectura del poeta Gonzalo Rojas o si se presentaba *La Gaceta*, que el Gerente general del Fondo repartía a quienes íbamos entrando al recinto. “—Hola –me dijo cuando David me presentó a su jefe directo. —Aquí, Adolfo Castañón, haciendo el trabajo del portero”. Una ola de intenso calor trepó por nuestro rostro y mientras recordaba una de las frases favoritas de mi madre –“¿no te arde la cara de vergüenza?”– David, el recientemente nombrado director de *La Gaceta*, sustituyó al Gerente general en la tarea de repartir aquel regalo a los asistentes.

Todo está en mis ojos y en el retrovisor de la memoria las cosas se encuentran más cerca de lo que parecen. Hoy advierto que aquel día cambié de maestro. No voy a hacer aquí el recuento de lo que la persona, la obra y la continua clase de ética, responsabilidad y amor por la literatura de Adolfo Castañón han significado en mi vida, pero sí escribiré una pequeña nota sobre un asunto, fechado hace apenas unos meses, cuando un joven llegó en mi auxilio. Ya muy desesperada por el trabajo inútil de investigación documental emprendido ese día desde la madrugada, supliqué en Twitter que si alguien tenía un ejemplar de la prime-

ra revista que hizo Adolfo, *Cave Canem*, le tomara una fotografía a la portada y me la enviara. Pasaron horas y nadie respondía, hasta que Héctor Aparicio Sedano –quien elabora una edición crítica de los ensayos de Agustín Yáñez, según me informó más tarde– hizo su milagrosa aparición en mi *timeline*.

Quizá fue el azar objetivo quien dispuso que ese día Héctor se encontrara en la biblioteca del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM –imagino que aburrido o tal vez desesperado como yo–; que estuviera viendo Twitter; que fuera pareja de una muy querida exalumna mía, Hebe Pulido, y en consecuencia, supiera quién era yo; que, sin siquiera intuirlo, se convirtiera para mí en muestra irrefutable de los lazos ocultos de amistad y generosidad que se tejen gracias a la literatura o debido a la presencia del dios bibliotecario que preside nuestros afanes.

Después de leer mi *tweet*, Héctor me envió el resultado de sus pesquisas: las fotografías de todo el primer número de *Cave Canem*, que Adolfo daba por perdido. Aunque todo fue hermoso en ese milagro tuitero, lo que me importa decir es que vi, impreso en la publicación, este anuncio: “*Ex libris* de Huberto Batis”. Le hablé a Adolfo de inmediato y me dijo “Más que recuperar *Cave Canem*, lo que más me alegra es saber que Huberto guardó las publicaciones de sus alumnos”. Huberto Batis fue mi primer y gran maestro de la vida literaria. Al segundo lo conocí, regañándonos veladamente, a la entrada de un auditorio del Fondo de Cultura Económica una tarde luminosa de la primavera de 1999.

Por supuesto, Adolfo no es sólo mi maestro, mi amigo, mi generoso guía. Autor de más de cuarenta libros, Castañón ha incursionado en prácticamente todos los géneros literarios pero es, sobre todo, poeta (*La campana y el tiempo*) y crítico literario –*América sintaxis*; *Tránsito de Octavio Paz* (poemas, apuntes, ensayos); *Por el país de Montaigne*; *Visión de México*; *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante* son algunos de numerosos volúmenes–. Bibliófilo y bibliotecario reconocido, ha tenido la cualidad no sólo de reunir libros, notas, bibliotecas, sino también amigos y lectores en un amplio espacio geográfico. Teniendo a México